



En el peligro crece lo que se salva

Conversación con Zenia Yébenes

Arturo Sánchez Meyer

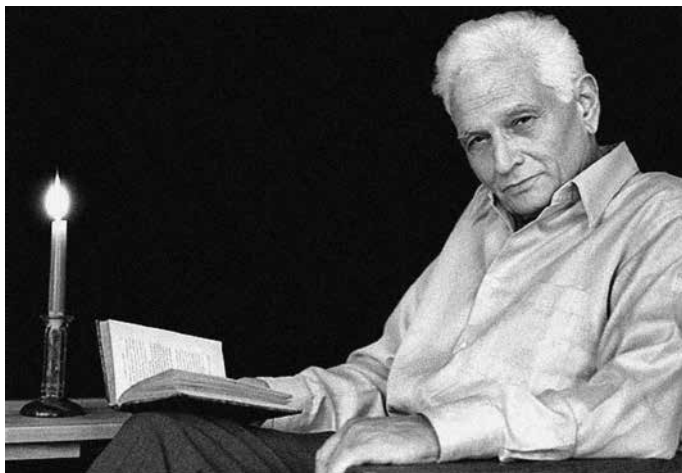
En entrevista con Casa del tiempo, la doctora e investigadora de la Unidad Cuajimalpa nos explica el pensamiento y la praxis del filósofo argelino Jacques Derrida, argumenta y defiende la complejidad de las materias filosóficas, y propone soluciones para la difusión de las humanidades en todos los niveles escolares.

A Jacques Derrida (se le ha llamado de muchas maneras: Emmanuel Lévinas lo consideró “el nuevo Kant”, mientras Richard Rorty habla de él como “el nuevo Nietzsche”. A la luz del reciente libro, editado por la Universidad Autónoma Metropolitana, que usted publicó sobre Derrida, ¿dónde ubicaría a este filósofo que pareció tratar toda su vida de escapar a cualquier tipo de clasificación?

Creo que lo interesante de Derrida es que escapa a toda clasificación. No por una suerte de intención consciente o de esfuerzo voluntarista, sino porque los temas que asedian y desbordan su obra tienen que ver precisamente con la imposibilidad de mantener un pensamiento que no esté desde siempre contaminado por otra cosa que no es él mismo. Derrida sin embargo —y es algo que sus críticos a veces no han tomado en cuenta— es un lector muy riguroso y conoce bien la tradición filosófica, piensa con y contra ella incesantemente. Se puede aseverar con Lévinas



Fotografía: CIDHUAM



que hay relación entre la deconstrucción y la filosofía crítica kantiana. Sin embargo, no hay que olvidar que hay diferencias, por ejemplo en la comprensión de la temporalidad.

La relación con Nietzsche ha sido advertida numerosas veces por el mismo Derrida. Como Nietzsche, también en Derrida es muy importante la deconstrucción de la metafísica y la atención prestada a las prácticas textuales (entendidas como las maneras de inscribir algo). Sin embargo, también podríamos hablar del recelo de Derrida frente a la tentativa de clausurar definitivamente a la metafísica y, entre otras, de la relación compleja que sostiene con Heidegger; de Husserl (de cuya obra *El origen de la geometría* fue traductor reconocido y premiado) o de su interés por la lingüística y el psicoanálisis. Su obra no permanece quieta en el lugar que nosotros queremos asignarle.

¿Dice usted que la escritura de Derrida “resulta extraña para la ‘academia’ filosófica, pues atraviesa los terrenos de la arquitectura, de la poesía, del arte, cuestionando los límites que dividen los géneros”. ¿Le parece que este tipo de escritura lo ubica más cerca del lector no especializado?

Depende. La escritura de Derrida es difícil. Para el lector especializado sólo en un tema y acostumbrado a leer sólo desde un lugar —como puede ser frecuente en la academia— puede resultar irritante. Para el lector no especializado puede resultar abrumador porque Derrida sostiene una relación tan rica con disciplinas, autores y problemas distintos, que puede desbordar fácilmente. Me parece que la dificultad principal no radica entonces en la especialización o no del lector.

¿Cómo le recomienda a los lectores no especializados que se acerquen a la obra de Derrida?

Yo diría que la escritura *derrideana* exige ante todo un lector abierto y dedicado, un lector que no desista ante la dificultad. Derrida escribe como escribe porque está empeñado en una empresa singularmente difícil: no cuestionar lo que pensamos, sino *cómo* pensamos lo que pensamos. En este sentido hay que tomar en cuenta que declaró alguna vez que era contrario a sustraerse a las exigencias filosóficas con el pretexto de facilitar la lectura de sus libros o de producir la ilusión de sencillez. Le parecía que una postura así era irresponsable, demagógica y que encubría una falta de respeto hacia el lector. Leer a Derrida exige trabajo. Nunca he entendido por qué damos por hecho que para tener buena condición física hay que trabajar y agotarse en el gimnasio y por qué consideramos que el pensamiento ha de producirse sin esfuerzo.

Derrida fue un defensor incansable de la filosofía. ¿Qué lugar pretendía que ocupara esta disciplina en la sociedad?

Derrida siempre sostuvo que la deconstrucción no era un ejercicio conceptual sin repercusiones, y que nunca hay que disociar el análisis de la práctica. Por ejemplo, además de ser fundador del Colegio Internacional de Filosofía, formó parte del Grupo de Investigación para la Enseñanza de la Filosofía (GREPH) que entre 1974 y 1976 buscó deconstruir cómo operaba la filosofía como institución, revisar la práctica de la enseñanza, la relación profesor-alumno, los márgenes y el establecimiento de los textos filosóficos, etc. Se opuso a las reformas educativas que pretendían reducir cada vez más el papel de la filosofía en la educación. Le interesaba que la filosofía, por el contrario, empezara a impartirse desde la secundaria. No por un afán corporativista sino por dos motivos. En primer lugar porque pensaba que la filosofía contribuía significativamente a la articulación crítica y que precisamente era por esto —por esa capacidad de una articulación crítica que no podía hasta cierto punto ser cooptada— por lo que se insistía tanto en su desaparición en aras de disciplinas que simplemente se preocupaban de que los

sujetos se incorporaran al medio profesional y laboral sin cuestionamientos. En segundo lugar, y en relación con lo anterior, porque el interés principal de la filosofía no es rentabilizar la formación ni formar técnicos para un sistema industrial.

En este sentido la filosofía va a contracorriente porque con su mera existencia cuestiona que la rentabilidad así entendida sea a lo que debe aspirar la educación. Cuando se les enseña a los niños historia, ciencias naturales o arte, pensaba Derrida, implícitamente se les enseña una manera de pensar. Todas esas disciplinas tienen fundamentos que suponen ciertas opciones filosóficas sobre las que sin embargo no necesariamente reflexionamos. El papel de la filosofía sería el de obligar a dicha reflexión, y por tanto, el de incitar el cuestionamiento, aunque no sea rentable.

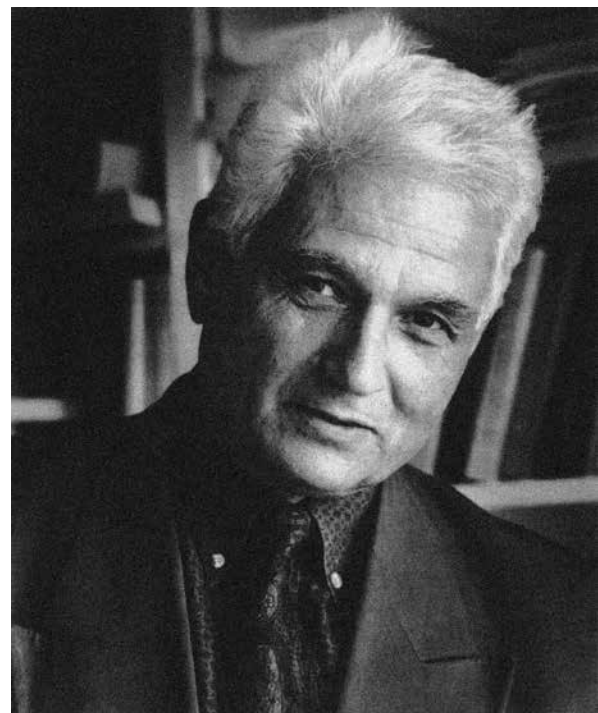
Siendo un filósofo contemporáneo, Jaques Derrida tuvo un fuerte impacto en temas políticos internacionales manteniendo siempre una postura valiente que lo llevó incluso a prisión. ¿Hacen falta en la actualidad filósofos como Derrida que influyan de manera directa en la quehacer social fuera de las aulas?

Derrida asumía como parte de sí su interés por la filosofía, pero no veía al filósofo como el intelectual que, desde el pedestal, guía a las masas. Lo veía como alguien comprometido, que en su compromiso asume su cultura filosófica sin que esto le proporcione más certidumbre que al resto. Para Derrida, la responsabilidad es el ámbito en el que literalmente nos la jugamos. Ser responsable es tomar, en cierta medida, una decisión que en última instancia es racionalmente injustificable. Si no fuera así y pudiéramos deducir la responsabilidad de un programa de acción, si nos limitáramos a aplicar normas y reglas ya existentes, lo que haríamos sería precisamente eliminar la singularidad que toda responsabilidad implica. Esa decisión absolutamente singular en la que nos ponemos en juego a nosotros mismos, ese comprometerse por completo en cada situación concreta que es siempre un riesgo del que no nos exime ningún saber (filosófico o no), es lo que habría que subrayar.

Tomando en cuenta que el postulado de la deconstrucción que plantea Jaques Derrida escapa a cualquier tipo de definición convencional (como lo expone usted en su libro), ¿podría explicar, de manera general, cómo puede entenderse ese término que constituyó un eje en el pensamiento de este filósofo?

La deconstrucción no es una serie de procedimientos rígidamente determinados y cerrados en sí mismos. Constituye formas heterogéneas y diversas de minar, de acentuar las fisuras, las grietas que desde siempre resquebrajan a la metafísica. Se trata de desmontar el esquema tradicional de la cultura occidental y de descubrir cómo existen opciones implícitas y previas disimuladas detrás de los sistemas de pensamiento y juicios de valor que se pretenden más coherentes. Para Derrida, la deconstrucción forma parte de la tradición metafísica porque aunque la critique sólo puede hacerlo desde ella misma. La tradición no puede ser atacada ni borrada con un gesto, pero sí puede ser desplazada, llevada al límite en el que muestra sus desajustes y falacias. A esta “operación” la llama deconstrucción.

¿Le parece que la obra de Jaques Derrida es un parteaguas en la manera de entender la filosofía y los fenómenos sociales que él abordó en su pensamiento?



Fotografía tomada de The New York Times, 10 de octubre de 2004

No es posible esperar una respuesta de la obra de Derrida si por respuesta se entiende una solución o una receta, pero indica la apertura de unas estrategias, singulares y heterogéneas en cada caso, que permiten cuestionar y transformar activa y productivamente el texto general de la sociedad (el tejido social) desde cualquier ángulo que sea, en vez de instalarse de una vez por todas en posturas concluyentes. La transformación parece no tener punto y final, pero la pregunta de Derrida es si una transformación cuya solución se pudiera aprender, una transformación que quedara satisfecha con un conocimiento determinado seguiría siendo una transformación.

Como doctora y especialista en filosofía ¿le parece que en nuestro país se le da el peso necesario a la enseñanza de esta disciplina?

No. En 2008 se elimina a la filosofía de los planes de estudio de bachillerato. A pesar de que se crea entre los filósofos el Observatorio Filosófico de México para asumir su defensa y de que en consecuencia de esta y de otras acciones se publica el Acuerdo 656 mediante el cual se establece, en forma independiente, el área disciplinar de humanidades con la filosofía como disciplina básica y obligatoria, hasta la fecha dicho acuerdo no ha sido respetado. No se imparte filosofía, sino materias como “Construcción de la ciudadanía” o “Formación humana” que no son enseñadas por filósofos y en las que se intenta más bien cierto adoctrinamiento. Pese a los discursos en pro de la necesidad de la mejora educativa, parece que ésta no pasa por la necesidad de que los alumnos aprendan a pensar y a hacerlo de manera crítica, sino por incorporarse, una vez más acríticamente, al mercado laboral.

¿Cree que el estudio de la filosofía atraviesa por una crisis a nivel internacional?

Sí. Hoy la tecnociencia parece desplazarla y su lugar en la universidad y el ámbito público se ve discutido. Vivimos en un mundo en el que el ritmo lo impone la producción en masa y es difícil para la reflexión. En nuestra práctica profesional se supone que los filósofos produzcamos libros y artículos como

se producen playeras. La filosofía corre el riesgo de desaparecer o de convertirse en un simple objeto de consumo que no salga del recinto privado. Sin embargo, creo también —como Hölderlin— que en el peligro crece lo que se salva. Hay voces muy interesantes reivindicando el papel de la filosofía y de las humanidades en general y cuestionando severamente su marginalización y los aspectos más amplios con los que se relaciona. La filosofía se transforma y hace incursiones en diversos ámbitos.

¿Cuál sería su propuesta para que la filosofía tuviera una mayor difusión y pudiera así impactar de una manera más amplia en la sociedad?

Habría que no identificar difusión con disminución de exigencia. Creo que es necesaria una visión del conocimiento que se identifique con lo difícil y complejo (que responde mucho más a la realidad de las sociedades contemporáneas) y no con lo fácil y lo simple. A menudo los programas de difusión en medios de comunicación no logran hacer esto. Hay que suscitar interés sin suprimir la dificultad, y hacer que merezca la pena. Habría que poner a trabajar la creatividad en esa dirección aunque es complicado ir a contracorriente.

¿Tienen los filósofos modernos la obligación de difundir y defender a la filosofía ante una aparente crisis en el estudio y el reconocimiento de las humanidades?

Creo que tenemos que mostrar y comprometernos incansablemente con lo que hacemos, hay que realizar nuevas disociaciones y aceptar prácticas complejas y diferenciadas. Creo que hacernos cargo de una herencia (la de una tradición filosófica que no es un monolito) implica no limitarse a aceptarla sino reafirmarla, sin renunciar a ella, haciéndola vivir de maneras diferentes. Ello supone diversas tácticas y diversas estrategias.

¿Qué ha significado para usted el estudio de la filosofía a lo largo de su vida?

La filosofía no es una panacea ni hace necesariamente a nadie mejor persona, enseña a preguntar. Hacer buenas preguntas —muchas veces— es mucho más difícil que dar con las respuestas. ▀